

*BIBLIOTECA NACIONAL*

*Jorge Teillier*

Los trenes de la noche  
y otros poemas

*EDICIONES DE LA REVISTA*

**MAPOCHO**

*Organo de la Extensión Cultural*

Tomo II, N.º 2 de 1964

# Jorge Teillier: Los trenes de la noche y otros poemas

El puente en medio de la noche  
blanquea como la osamenta de un buey.  
Entre la niebla desgarrada de los sauces  
debían aparecer fantasmas,  
pero sólo pudimos ver  
el fugaz reflejo de los vagones en el río  
y las luces harapientas  
de las chozas de los areneros.

2

Nos alejamos de la ciudad  
balanceándonos junto al viento  
en la plataforma del último carro  
del tren nocturno.

Pronto amanecerá.  
Los fríos chillidos de los queltehues  
despiertan a los pueblos  
donde sólo brilla la luz  
de un prostíbulo de cara trasnochada.

Pronto amanecerá.  
En las ciudades  
miles de manos se alargan  
para acallar furiosos despertadores.

Pronto amanecerá.  
Las estrellas desaparecen  
como semillas de girasol  
en el buche de los gorriones.  
Los tejados palpitan en carne viva  
bajo las manos de la mañana.

Y el viento que nos siguió toda la noche  
con cantos aprendidos

de torrentes donde no llega el sol,  
ahora es ese niño desconocido  
que se despierta para saludarnos  
desde un cerezo resucitado.

## 3

Recuerdo la Estación Central  
en el atardecer de un día de diciembre.  
Me veo apenas con dinero para tomar una cerveza,  
despeinado, sediento, inmóvil,  
mientras parte el tren en donde viaja una muchacha  
que se ha ido diciendo que nunca me querrá,  
que se acostaría con cualquiera, menos conmigo,  
que ni siquiera me escribirá una carta.  
Es en la Estación Central  
un sofocante atardecer  
de un día de diciembre.

## 4

En la estación de Renaico  
un caballo blanco enganchado a un coche  
espera sin impacientarse.  
Espera bajo toda la lluvia  
destilada por el mantel sucio del cielo,  
rodeado de toda la soledad  
de un mundo redondo e infinito.

## 5

Los pinos descortezados y nudosos  
pasan interminablemente delante de nosotros,  
y nos miran hasta que nos damos cuenta  
de que su rostro es el rostro  
de nuestros verdaderos antepasados.

## 6

La tierra en primavera  
y las ruedas del tren  
aplantan las hormigas.

## 7

Cuando el pequeño tren se anima a subir la cuesta  
mira temeroso a la luna  
que lo contempla con la misma cara airada  
conque el reloj de cocina mira al adolescente  
que por primera vez llega tarde a casa.

## 8

El sol apenas tuvo tiempo para despedirse  
escribiendo largas frases sin esperanza  
con la negra y taciturna sombra  
de los vagones de carga abandonados.  
Y en la profunda tarde sólo se oye  
el lamentable susurro  
de los cardos resecos.

## 9

Una estrella nueva  
sobre los cercos rotos.  
Sobre los cercos rotos de orillas de la línea  
a los que vienen a robar tablas este invierno  
los habitantes de las poblaciones callampas.

Una estrella nueva  
sobre las pobres fogatas  
a cuyo rededor se agrupan los hombres  
que ni siquiera contemplan el paso de los trenes.

## 10

Yo hubiese querido ver de nuevo  
el pañuelo de campesino pobre  
con que amarraste tu cabellera desordenada por el puelche,  
tus mejillas partidas por la escarcha  
de las duras mañanas del sur,  
tu gesto de despedida  
en el andén de la pequeña estación,  
para no soñar siempre contigo  
cuando en la noche de los trenes  
mi cara se vuelve hacia esa aldea  
que ahogaron las poderosas aguas.

## 11

Qué hacer en este cuarto de hotel de provincia  
después de viajar todo el santo día,  
sino tenderse en la sucia cama  
a hojear revistas de hace treinta años  
(donde sonrío Al Jolson y aún vuelan dirigibles,  
sin poder dejar de oír los oscuros silbatos  
que vienen desde los patios ferroviarios.

## 12

Con un amigo espero la pasada  
del Expreso de las 23,15  
ese tren fugaz como botella de vino

en manos de mi amigo y yo.  
Tendido bajo las estrellas tiernas  
como los agujeros en la carpa de un circo pobre  
mi amigo habla de una muchacha  
a la que espera ver a la pasada del Expreso.

Yo no espero ver  
sino esas sombras que recorren los cercos  
en busca de mi sombra.  
No espero escuchar sino esos pasos  
que vienen desde el aserradero incendiado.  
No espero ver sino los pedazos de botella  
que la luna hace brillar entre los rieles,  
y no espero oír  
sino los maullidos del gato perdido entre los geranios  
llenos de hollín  
que cuidara la hija enferma del guardacruzas.

El oleaje del Expreso  
pasa remeciendo la Estación.  
Mientras mi amigo corre  
hacia ventanillas iluminadas y sin rostros,  
yo escondo tras los dedos del pasto  
mi cara resquebrajada como una hoja  
cansada de soportar el peso de la noche.

## 13

El silbato del conductor  
es un guijarro  
cayendo al pozo gris de la tarde.  
El tren parte con resoplidos  
de boxeador fatigado.  
El tren parte en dos al pueblo  
como cuchillo que rebana pan caliente.  
Los vagabundos quedan mirando  
a los niños andrajosos  
que juegan entre castillos de madera.  
De las chozas dispersas a lo largo de la vía  
salen mujeres a recoger carboncillo entre los rieles,  
otras reúnen la parchada ropa  
crucificada en los alambres  
tendidos en los patios llenos de humo,  
y algunas inmóviles y serias como grandes sandías  
recogen en los umbrales el lerdo sol de fines de otoño,  
ese sol que apenas puede escurrirse entre los álamos.

## 14

Sobre el techo recién pintado de azarcón  
de la bodega triguera

enredada en la humareda que deja el tren nocturno  
aparece una luna con cara de campesino borracho  
enrojecida por el resplandor de los roces a fuego.

## 15

Podremos saber  
que nada vale más  
que la brizna roída por un conejo  
o la ortiga creciendo  
entre las grietas de los muros.  
Pero nunca dejaremos de correr  
para acompañar a los niños  
a saludar el paso de los trenes.

## 16

Los pueblos se arremolinan en mi memoria  
como páginas de un libro viejo arrancadas por  
una ventolera:  
Renaico, Lolenco, Mininco, Las Viñas,  
Púa, Perquenco, Quillén y Lautaro.

De nuevo aparecen con sus postes de telégrafo  
derribados por el último temporal,  
con sus casas afirmadas hombro a hombro  
como ancianas que se emborrachan  
para recordar las fiestas de principios de siglo.

Los pueblos flotan en mi cabeza  
que he inundado de vino en este largo viaje  
como flotan los viejos troncos  
en los ríos en crecida.

Inundo de vino mi cabeza  
para olvidar la cancioncilla senil  
que tararea el carro de tercera,  
para olvidar a los torpes campesinos  
con sus canastos con quesos o gallinas,  
y a los viajantes con voz de abejorros  
que ofrecen los naipes y peinetas.

Cierro los ojos  
y afirmo mi frente enhollinada  
en los vidrios de la ventanilla  
mientras la noche hunde en los ríos  
su frente arrugada por los peces.

## 17

Ha terminado el verano.  
Regreso a la ciudad como tantas otras veces  
en el sudoroso tren de la tarde.

Ha terminado el verano,  
no sin antes marchitar con sus manos polvorientas a los  
girasoles,  
no sin antes reseca los cardos que crecen junto  
a los rieles.

A la ciudad debía acompañarme el viento del sur.  
El viento que se queda rondando por los campos y es el sereno  
que los villorrios escuchan sin esperanza todo el invierno  
como ancianos que en caserones ruinosos pegan sus oídos  
a relojes sin agujas.

El viento que barre con cardos y girasoles.  
El viento que siempre tiene la razón y todo lo torna vacío.  
El viento.

Quizás debiera quedarme en este pueblo  
como en una tediosa sala de espera.  
En este pueblo o en cualquier pueblo  
de esos cuyos nombres ya no se pueden leer en el retorcido  
letrero indicador.

Quedarme resignado como una mosca en invierno  
escribiendo largos poemas deshilvanados  
en el reverso de calendarios inservibles  
sin preocuparme de que nadie los lea o no los lea,  
o conversando con amigos aburridores  
sobre política, fútbol o viajes por el espacio  
mientras tictaquean las goteras del bar.

Todo empieza a quedar en penumbras.  
El viento apaga la luz de los últimos girasoles.  
Todo está en penumbras.  
La campana anuncia la llegada del tren  
y siento el mismo temor del alumno nuevo  
cuando sus compañeros lo rodean  
en el patio de cemento de la escuela.  
Pero debo dejar el pueblo  
como quien lanza una colilla al suelo:  
después de todo, ya se sabe bien  
que en cualquiera parte la vida es demasiado cotidiana.

Hasta luego: rieles, girasoles,  
maderas dormidas en los carros planos,  
caballos apaleados de los carretoneros,  
carretilla mohosa en el patio de la casa del jefe-estación,  
tilos en donde los enamorados han grabado torpemente sus  
iniciales.

Hasta luego,  
hasta luego.  
Hasta que nos encontremos sin sorpresa  
viajando por los trenes de la noche  
bajo unos párpados cerrados.



Las ventanas destruidas  
recobran la memoria del paisaje.  
En los umbrales aparecen las marcas que señalaban el  
crecimiento de los niños.

Mientras dormimos junto al río  
se reúnen nuestros antepasados  
y en los muros del cielo  
las nubes son sus sombras.  
Se reúnen los que partiendo de Burdeos o Le Havre  
llegaron a la Frontera por caminos aún no trazados,  
mientras sus mujeres daban a luz en las carretas.  
Se reúnen los que fueron contrabandistas de ganado, dueños  
de hoteles o almacenes, ladrones de tierra.  
Los que mataron mapuches y aprendieron de ellos a beber  
la sangre tibia de corderos recién sacrificados,  
y murieron a su vez, para ser enterrados en lo alto de cerros,  
mientras sus deudos se reunían a tomar aguardiente en las cantinas.

Hablan de su resurrección  
los ríos cuyos primeros puentes construyeron,  
las brasas inmortales de las lloicas,  
los esteros enturbiados sólo por las alas de los queltehues,  
los arados enmohecidos en el galpón.  
Y los que ahora son partículas de alerce  
creen escuchar las campanadas que anunciaban el primer incendio  
en el pueblo,  
esos pueblos que levantaron con tablas sin labrar en medio  
del invierno del sur del mundo,  
pueblos encarcelados por los temporales.  
En los establos y prostíbulos  
de nuevo se entrelazan parejas furtivas,  
se celebran matrimonios en capillas rústicas.  
Alguien asesina al hermano que vino del viejo mundo a reclamar  
una herencia y lo entierra en el patio.  
Las carretas cargadas con los sacos de la primera cosecha  
llegan a las bodegas.  
En el desembarcadero del puerto atracan vaporcillos náufragos.

El sol quiere llegar al árbol de nuestra sangre,  
derribarlo y hacerlo ceniza,  
para que a través de esas cenizas conozcamos a los visibles  
sólo para la memoria,  
la memoria de los que alguna vez resucitaremos en los granos de trigo  
o la ceniza de los roces a fuego,  
cuando el sol no sea sino una antorcha fúnebre  
cuyas cenizas se crearán ver desde otras galaxias.

El silencio del sol nos despierta.  
¿De dónde viene  
ese chirriar de puertas invisibles que se cierran?

Ese tictaqueo que se apaga en el corazón de los alerces  
 repitiendo "no hay memoria", "no hay tiempo".  
 Mientras murciélagos tejen las redes de la noche.

Griterío de queltehues  
 huyendo del buen tiempo.  
 A orillas del río  
 buscamos huellas invisibles.  
 Rápido como un parpadeo  
 un día de verano  
 ha terminado.

#### BAJO EL CIELO NACIDO TRAS LA LLUVIA

Bajo el cielo nacido tras la lluvia  
 escucho un leve deslizarse de remos en el agua,  
 mientras pienso que la felicidad  
 no es sino un leve deslizarse de remos en el agua.  
 O quizás no sea sino la luz de un pequeño barco,  
 esa luz que aparece y desaparece  
 en el oscuro oleaje de los años  
 lentos como una cena tras los entierros.  
 O la luz de una casa hallada tras la colina  
 cuando ya creíamos que no quedaba nada sino andar y andar.  
 O el espacio del silencio  
 entre mi voz y la voz de alguien  
 revelándome el verdadero nombre de las cosas  
 con sólo nombrarlas: "álamos", "tejados".  
 La distancia entre el tintineo de la campanilla  
 en el cuello de la oveja al amanecer,  
 y el ruido de una puerta cerrándose tras la fiesta.  
 El espacio entre el grito del ave herida sobre el pantano,  
 y las alas plegadas de una mariposa en calma  
 sobre la cumbre de la loma barrida por el viento.

Eso fue la felicidad:  
 dibujar en la escarcha de los vidrios figuras sin sentido  
 sabiendo que nada durarían,  
 cortar una rama de pino  
 para escribir un instante nuestro nombre en la tierra húmeda,  
 atrapar una plumilla de cardo  
 para detener un momento la huida de toda una estación.

Así era la felicidad;  
 breve como el sueño del aroma derribado,  
 o el baile de la solterona loca frente al espejo roto.  
 Pero no importa que los días felices sean breves  
 como el viaje de la estrella desprendida del cielo.

Pues siempre podremos reunir sus recuerdos,  
 así como el niño castigado en el patio  
 encuentra guijarros con los cuales forma brillantes ejércitos.  
 Pues siempre podremos estar en un día que no es ayer ni mañana,  
 mirando el cielo nacido tras la lluvia,  
 y escuchando a lo lejos  
 un leve deslizarse de remos en el agua.

HOMENAJE A ALAIN-FOURNIER

Estrellas rojas y blancas nacían de tus manos.  
 Era un atardecer de hace más de sesenta años  
 Era en 189... en La Chapelle d'Aiguillon  
 Eran las estrellas eternas del cielo de la adolescencia  
 En la noche apagaste las lámparas  
 Para que halláramos los caminos perdidos  
 Los caminos que nos llevan hacia el cuarto en donde  
     hay un laúd roto  
 Hacia una caballeriza ruínosa y un granero de fiesta  
 En donde se reúnen niños y ancianos que lo perdonan todo.  
 Pues lo que importa no es la luz que encendemos día a día  
 Sino la que alguna vez apagamos  
 Para guardar la memoria secreta de la luz  
 Lo que importa no es la casa de todos los días  
 Sino aquélla oculta tras un recodo de los sueños.  
 Lo que importa no es el carruaje  
 Sino sus huellas descubiertas por azar en el barro  
 Lo que importa no es la lluvia  
 Sino su recuerdo tras los ventanales del pleno verano.

Te encontramos en la última calle de una aldea del sur:  
 Eras un vagabundo de barba crecida con una niña en brazos  
 Era tu sombra —la sombra del desaparecido en 1914 en  
     Bois St Rémy—  
 Que se detenía con nosotros  
 A mirar a los niños que fuimos  
 Jugando a los bandidos igual que en cualquier pueblo  
     del mundo  
 O persiguiendo a los gansos bajo una cansada llovizna  
 O ayudando a sus madres a desvainar arvejas  
 Mientras las nubes pasaban como al entierro de una desconocida  
     —la única que nos hubiese de verdad amado—

Anochecía  
 Cuando se rompió la dura corteza de las apariencias  
 Y surgieron la casa solariega rodeada de glicinas cansadas  
     de su propia belleza, una campana llamando a la

fiesta, una muchacha paseando en un parque con  
un libro centenario en las manos

La realidad secreta brilló como un fruto maduro.

Estábamos en la última calle de un pueblo del sur

Empezaron a encenderse luces

Los niños entraron a sus casas. Oímos el silbido de un  
titiritero llamándote

Luego desapareciste

Diciendo: "No hay casa, ni padres, ni amor; sólo compañeros  
de juego"

Y todas las luces se apagaron

Para que sólo brillaran en el cielo de la adolescencia

Las estrellas rojas y blancas nacidas de tu mano en un  
atardecer aldeano de 189...



BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCIÓN GENERAL

